

RETRATO DE JUAN REJANO

TIENE PERFIL DE GITANO. Pero sabe mirar de frente como los buenos. Su voz es quebrada, igual a la voz de las gentes enardecidas. Luce piel de moro, que es también piel de categoría ibérica. Su ademán es majo, como si recibiera órdenes de Ramón de la Cruz. Su mente es rápida en el concebir y su mano pronta en la amistad. Es supersticioso como un torero de la escuela de El Gallo. Le tiene horror al animal que no se nombra. Sal y pimienta se derrama en su conversación y en su discurso. Algo de desdén guardan sus labios.

Un doble juego de razón y sentimiento se advierte en el arte que profesa, y en la habilidad que usa para ir de la imagen al ejemplo que mejor la exprese. Su conciencia está lejos de todo egoísmo. Sabe sumirse en la conciencia de los hombres y confundirse en ella. Virtud de los valerosos. Suspira por el bien de todos, seguro de que sólo así el hombre se vincula a su destino.

Se empeña en cerrar las puertas del mal y por abrir brechas para que la justicia penetre en los solares. En sus labios está contenido el insulto que merece el cobarde que se agazapa o el agresor que atropella.

Se burla de quienes hacen del arte un juego de malabares y es lúcido para aquellos otros en quienes el arte baja por las arterias y traspasa los dedos y se hace aliento.

Con ansia incontenible repudia la poesía que rompió sus amarras y sus raíces y sus anclas, apartándose de la entraña del hombre. Mas se cinea a la otra poesía que toma de la tierra, de la sangre, de los luceros y de los dioses, la verdad que es evangelio humano.

Y por ser así, su poesía es el camino más breve para atar el alma de los hombres. Es clave que desvela el enigma de la vida. Es arte que descifra los nombres que las golondrinas escriben en el cielo. Es flecha que empujan las águilas. Es lumbre que se enciende en las cimas de las montañas. Es temblor en las hojas, lágrima en las rosas y arrullo en los niños. Es fuerza en los débiles; idea en las mentes; altura en las alas; eco en el grito; fortaleza en las vírgenes; mudez en los mártires, e incendio en los horizontes.

Y es, sobre todo, libertad en las venas y fuego en los espíritus; trinchera en los pechos descubiertos; alarido en los héroes; silencio rumoroso en las noches; saeta invisible del amor; razón última de los espíritus más allá de la vida y de la muerte; gracia que Dios derrama sobre el rostro de la tierra; y luz y espejo de la verdad que llevamos dentro del corazón.

Y porque su poesía es ésto y no otra cosa, Juan Rejano tiene una actitud negativa y enérgica contra la poesía que es cosa de eunucos, de turbios o de dormidos; contra la poesía que es agua de noria muerta o agua de estanque sin vertederos; o cielo puesto en espejo; o monte en telón de teatro; o bosque en patio acotado; o pecado infecundo; o virtud estéril; o camino sin fin, o vuelo sin partida.

Y porque así es Rejano y porque así es la poesía que maneja y guarda entre las manos, lo queremos como lo queremos y lo imaginamos como lo imaginamos.

Aquí está su figura. Es la ilustración de un romance de estirpe gongorina. También es el dibujo en un libro de Bécquer. Su aspecto nos recuerda un poco a Loyola. Es claro que nos recuerda a un Loyola andaluz, sin engaño y muy dueño de su retórica. Un Loyola enemigo del otro Loyola. Un Loyola que hiciera más ejercicios corporales que espirituales. Un Loyola que fuera al mismo tiempo atleta y místico; mitad latino y mitad español. Un poco diablo y un poco santo.

Así le miro y así le oigo. Y en esto no habrá engaño. Entre las páginas de sus libros se siente un rumor de agua marina agitada por el viento y batida por alas de aves errantes. Es un viento que viene del

Genil; o es un viento que baja desde las alturas de la Alpujarra con las palabras de Don Fernando de Válor, o se lleva el castellano germánico de Carlos V, o se queda delante del diálogo que, sobre la lengua de Castilla, dicen los graves señores antiguos: el Nebrija y el Valdez.

Y en esta poesía que se nos entrega, mansa y bronca a la vez, adivinamos que el alma del poeta es prisionera de sí misma. Y que por esto se nos da triste o alegre, según hable de su cárcel o del tesoro que guarda.

Juan Rejano tiene perfil de gitano; pero sabe mirar de frente como los buenos.

ERMILO ABREU GOMEZ